

ALESSANDRO BARBERO

DANTE

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO  
DE MARILENA DE CHIARA

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Dante*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2020 by Gius, Laterza & Figli. Todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2021 by Mariafilomena De Chiara  
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

La traducción de esta obra ha sido financiada por el SEPS  
Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche



Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna - Italia  
seps@seps.it - www.seps.it

ISBN: 978-84-18370-48-9  
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 675-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓ *septiembre de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

<i>Nota de la traductora</i>	7
1. El día de San Bernabé	9
2. Dante y la nobleza	25
3. Cacciaguida y los demás	37
4. El clan de los Alighieri	51
5. La infancia y el barrio	67
6. El amor y los amigos	77
7. Los estudios	91
8. Una boda misteriosa	103
9. Dante y los negocios	111
10. La política: <i>magnati</i> y plebeyos	123
11. La política: los blancos y los negros	141
12. El bando	157
13. La familia de un exiliado	163
14. El destino del patrimonio	171
15. En mala compañía	175
16. Los misterios de Verona	187
17. El arrepentimiento	199
18. Las escaleras ajenas	209
19. Enrique VII	227
20. El pan ajeno	243
21. Rávena	257
<i>Notas</i>	271
<i>Abreviaturas y siglas</i>	347
<i>Bibliografía</i>	349
<i>Índice onomástico</i>	379



## NOTA DE LA TRADUCTORA

Para preservar la fluidez del diálogo entre los versos de Dante y el discurso del autor, las citas a las obras del poeta se integran en las correspondientes traducciones al español (véase el apartado «Ediciones de referencia en traducción española», en la Bibliografía). Para que se entienda su importancia semántica, histórica, política y social, se mantienen en italiano todos los nombres propios de personas y de localidades específicas de la topografía dantesca.



## EL DÍA DE SAN BERNABÉ

El sábado 11 de junio de 1289, día de San Bernabé, el ejército florentino que marchaba por el valle del Casentino para invadir Arezzo llegó al punto donde se divisaba el castillo de Poppi, que se alzaba sobre un peñasco en un meandro del río Arno. Nueve días antes el ejército había salido de Florencia, al compás de las campanas; había acampado a las afueras de la ciudad para esperar la llegada de los aliados que enviaba el resto de ciudades güelfas. Luego había retomado la marcha y por fin estaba allí, a medio camino entre Florencia y Arezzo, tras haber recorrido cincuenta kilómetros de estrechos senderos de montaña, al paso lento de los carros de víveres arrastrados por bueyes. Frente a Poppi, el valle se alarga y forma una llanura, en aquel entonces llamada Campaldino; era el primer lugar adecuado que los invasores encontraban en aquel paisaje montañoso para que se desplegara y maniobrara la caballería. Y allí, puntualmente, formado al lado de un convento de franciscanos llamado Certomondo, bloqueando la vaguada, los esperaba el enemigo.<sup>1</sup>

El ejército florentino no tenía un comandante, sino una dirección conjunta, porque los *comuni* temían la excesiva concentración de poder. En la cúpula se encontraban los doce «capitanes de la guerra», elegidos entre los caballeros más expertos en aquel género de asuntos, dos por cada uno de los *sesti*, es decir, de los seis barrios en los que estaba dividida Florencia. Sin embargo, las decisiones se tomaban tras largas deliberaciones en las que participaban también los jefes de los contingentes enviados por las ciudades aliadas, además de aquellos barones del condado que ha-

bían elegido tomar partido por los florentinos y cuya experiencia respetaban todos, como Maghinardo da Susinana, «buen capitán y ducho en la guerra». Cuando divisaron al enemigo y estuvo claro que no era posible avanzar sin iniciar la batalla, los capitanes detuvieron la columna y organizaron una línea de defensa, a la espera de reunirse para decidir cómo actuar.

En aquella época la fuerza de choque de un ejército estaba formada por la caballería, armada con lanza, espada y armadura; el ejército de los florentinos y de sus aliados güelfos contaba con mil trescientos caballeros, según Dino Compagni—quien en aquellos meses era uno de los seis priores que gobernaban Florencia y tenía que saberlo—, o con mil seiscientos, según Giovanni Villani—quien, pese a ser un niño por entonces, posteriormente pudo recopilar información y testimonios—. En cualquier caso, los caballeros eran muchos: con dos mil, en la Edad Media, se conquistaba un reino. Entre ellos, los florentinos eran seiscientos, todos «ciudadanos con *cavallate*», es decir, ciudadanos pudientes con la obligación de poner a disposición de la causa un caballo de guerra: «los mejor armados y montados» que salieron de Florencia, según Villani. Pero no todos eran jóvenes ni estaban convencidos, y los capitanes eligieron a una cuarta parte de los hombres, ciento cincuenta en total, que alinearon delante de los demás: habrían sido los primeros en cargar si se hubiera optado por el ataque, y los primeros en sufrir el choque si quien atacaba era el enemigo.

De la crónica de Villani se intuye que la elección de estos *feditori* (es decir, los que tenían la tarea de cargar primero contra el enemigo: éste es el significado originario de *fedire*, forma antigua de *ferire*, ‘herir’)<sup>2</sup> provocó cierta tensión: todos entendían que era la posición más peligrosa. Por suerte había tiempo, las batallas medievales empezaban sólo cuando todos se habían formado con tranqui-

lidad, porque a nadie le gustaba enfrentarse a una prueba tan importante sin haberse preparado bien, sin haberse aconsejado mutuamente y sin rezarle a Dios para pedirle la victoria. Como los voluntarios escaseaban, por cada barrio se le encargó a un capitán que designara a los *feditori*. Micer Vieri de' Cerchi, capitán del *sesto* de Porta San Piero, sorprendió a todos al designarse a sí mismo, junto con su hijo y sus sobrinos: «Por su buen ejemplo, y por vergüenza, muchos otros ciudadanos nobles se ofrecieron voluntarios para alistarse como *feditori*».

La caballería («la fila gruesa») se posicionó en segunda línea. En la tercera se colocaron los carros con los víveres, «todos los pertrechos reunidos para contener la fila gruesa», es decir, para actuar como barrera e impedir la huida de los propios caballeros. El resto del ejército estaba formado por los ciudadanos de condición más modesta, organizados por poblados, que combatían como soldados de a pie, armados con lanza, o como tiradores, armados con arco y ballesta. Individualmente valían poco (un caballero podía derrotar muy fácilmente a una docena), pero en millares, si conseguían permanecer juntos y no huir, podían cumplir su cometido, al menos en la defensa. Según Villani, eran alrededor de diez mil y entre ellos había unos especialistas que llevaban escudos de madera muy voluminosos: los paveses. Plantados en el suelo, formaban un muro para que el grueso de la infantería pudiera resguardarse. Los capitanes desplegaron soldados de infantería y ballesteros en las alas para proteger los flancos de la caballería y ordenaron a los empavesados que colocaran al frente sus escudos blancos con un lirio rojo: la insignia del gobierno güelfo de Florencia.

En la parte opuesta, entre los jefes del ejército enemigo que habían visto aparecer la columna en la llanura y después detenerse, se encontraba el obispo de Arezzo, Guglie-

mino degli Ubertini. Según Dino Compagni, «conocía mejor los oficios de la guerra que los de la iglesia», pero era miope y no reconocía aquella muralla blanca que bloqueaba la llanura: «Entonces el obispo, de vista corta, preguntó: “¿Qué son aquellos muros?”. Y le contestaron: “Los empavesados de los enemigos”».

Una vez fortalecida la posición, capitanes y consejeros se reunieron para decidir qué hacer. ¿Atacamos nosotros o esperamos a que lo hagan ellos? Decidieron esperar. Tras los hechos, se dijo que había sido una decisión bien ponderada: ganaría quien aguantara más. Mientras tanto, los hombres esperaban bajo el sol. Los soldados de infantería, por sus armas más ligeras, podían sentarse y beber vino de la jarra que llevaban en el cinto. Los caballeros podían apearse, pero, como no era prudente alejarse de los caballos, seguramente la mayoría se quedaba en las sillas. Aún no llevaban las armaduras articuladas en plancha de acero (los herreros europeos empezarán a fabricarlas en el siglo siguiente), pero no era posible quitarse la cota de malla de hierro, con sus quince o veinte kilos de peso, hasta el final de la batalla. Solamente el yelmo, grande y caluroso, podía ser confiado hasta el último momento a un sirviente, junto con la lanza y el escudo (y un caballo de reserva, en el caso de los más ricos).

Entre estos caballeros, y concretamente entre los *feditori* desplegados en primera línea, se encontraba Dante. El dato se menciona en todos los manuales de literatura, pero ¿cómo lo sabemos? El humanista Leonardo Bruni escribió en 1436, ya mayor, una *Vida de Dante*. El recuerdo de Campaldino aún estaba vivo, aquella jornada había contribuido de manera decisiva a la hegemonía de Florencia en la Toscana y, para Bruni, la participación de Dante era más que un simple dato biográfico. De hecho, lo menciona con insistencia y cierta incomodidad velada: Bruni era de Arezzo y la derrota seguía doliéndole, pero sabía que aquella pági-

na había sido importantísima para la historia de Dante. Le reprocha a su predecesor, Boccaccio (autor de una de las primeras biografías dantescas), que no mencionara la batalla y se dedicara a relatar los amores de Dante. Aunque de Boccaccio, añade Bruní con malicia, no cabía esperar otra cosa, porque el amor era el tema que más le interesaba: «Es cierto que allá va la lengua, donde duele la muela, y siempre habla de vinos quien gusta de la bebida».<sup>3</sup>

Bruní utiliza la participación en la batalla para mostrar que Dante, a pesar de la enorme dedicación a los estudios, no vivía ajeno al mundo exterior, sino que era un joven como los demás (y ser joven también significaba ir a la guerra cuando la patria lo requería).<sup>4</sup> «Acudía a todo ejercicio juvenil; en aquella batalla memorable y grandísima que ocurrió en Campaldino, él, joven y bien considerado, estuvo combatiendo vigorosamente a caballo, en primera línea». Muy probablemente micer Vieri de' Cerchi, futuro jefe de la Parte Bianca (la facción de los güelfos blancos) y vecino de los Alighieri en el *sesto* de Porta San Piero, lo eligió como integrante de los *feditori*. ¿Cómo lo sabía Bruní? Lo había leído, escribe, en una carta del propio Dante: «En una de sus epístolas, Dante narra esta batalla y dice haber combatido allí y dibuja la forma de la batalla». ¿Se refiere esta última anotación a un croquis? Algunos la interpretan en este sentido, porque Bruní, en otro momento, asegura que Dante «dibujaba extraordinariamente» y el mismo Dante, en *Vida nueva* (xxiv, 1), escribe que, tras la muerte de Beatrice, «recordándola, dibujaba ángeles sobre unas tablillas». Pero es más probable que se trate de una descripción de la batalla. Aunque hoy no dispongamos de la epístola, podemos confiar en Bruní: tuvo acceso a varias cartas autógrafas de Dante y describe su caligrafía («su letra era delgada, alargada y muy correcta, como pude ver en algunas epístolas escritas a mano por él».<sup>5</sup>

Los dantistas, sin saber cómo se combatía en una batalla medieval, imaginaron que los *feditori* eran una suerte de caballería ligera encargada de abrir el combate con duelos,<sup>6</sup> pero esta fantasía dista de la realidad. Antes de empezar, los comandantes asignaban tareas específicas a determinados contingentes de caballeros, designados en el momento. En Campaldino lo hicieron con los 150 *feditori* enviados a primera línea y con 200 caballeros encargados de actuar como reservas, bajo el mando de Corso Donati (tendremos ocasión de hablar de ellos). Las distintas tareas no implicaban armamento específico o especialización de ningún tipo: todos los caballeros estaban armados de la misma forma. Las normas que regulaban las obligaciones militares de los ciudadanos establecían detalladamente el equipamiento—el mismo para todos—que los caballeros debían proporcionar para no incurrir en ninguna infracción (sólo se admitía cierta diferencia de calidad y de precio con respecto al valor del caballo).<sup>7</sup>

Por esa razón no parece asumible la hipótesis recientemente planteada de que Bruni debió de inventar que Dante había luchado «en la primera fila», ya que el poeta no habría dispuesto de medios suficientes para las armas ni los caballos adecuados a aquella posición de prestigio.<sup>8</sup> Dante estaba muy interesado y personalmente involucrado en la caballería, entendida como actividad militar y deportiva de elite. En sus obras abundan las imágenes relativas a ese ámbito: cuando explica que todos los artesanos de un oficio tienen que recibir instrucciones del cliente, insiste en que «al caballero deben creerle el espadero, el frenero, el sillero, el escudero y todos los oficios que son auxiliares del arte de la caballería» (*Convivio*, IV, IV, 6).<sup>9</sup> Apenas hay duda de que Dante poseía caballos de calidad si pensamos en el fragmento del *Convivio* en que repasa la transformación de los deseos humanos, de la infancia a la adolescen-

cia, en unos términos que reflejan la experiencia de su generación y ambiente social, sean o no estrictamente autobiográficos: «Vemos que lo que más quieren los niños es una fruta; después, con más edad, quieren un pájaro; después, más adelante, un buen vestido; después, un caballo; después, una mujer» (*Convivio*, IV, xii, 16). Además, en una carta desde el exilio, Dante lamentará estar *equis armisque vacantem*, sin caballos y sin armas, por la pobreza imprevista en la que ha caído.<sup>10</sup> En Campaldino se encontraba entre los seiscientos a los que Villani define como «los mejor armados y montados», bajo las insignias amarillas del *sesto* de Porta San Piero, donde, según el cronista, se reclutó a «la mejor caballería y hombres de armas de la ciudad».<sup>11</sup>

En uno de los párrafos siguientes, Bruni alude nuevamente a una carta de Dante que confirmaría su participación en la batalla (no queda claro si se trata de la misma que ya había mencionado o de otra). Como relata el biógrafo, habla «en una epístola» del bimestre en que fue prior y, para demostrar que no era demasiado joven para el cargo, subraya que ya habían pasado diez años desde la batalla de Campaldino. Tampoco disponemos de esta carta, pero Bruni reproduce las líneas más significativas (mejor dicho: las traduce, porque el texto original estaba probablemente en latín, como todas las demás epístolas de Dante que todavía se conservan) y glosa diciendo que «éstas son sus palabras»: «Ya habían pasado diez años desde la batalla de Campaldino, donde la parte gibelina fue completamente derrotada; donde estuve, sin ser inexperto en las armas; donde sentí mucho miedo y, al final, alegría grandísima por los episodios de aquella batalla».<sup>12</sup> Dante combatió realmente en Campaldino. Y si todavía hubiera dudas, la *Comedia* contribuye a disiparlas en el canto XXII (1-6) del «Infierno»:

Vi caballeros levantar el campo,  
dar inicio al asalto, desfilar  
y alguna vez huir para salvarse;  
vi en vuestra tierra, oh, aretinos, muchas  
avanzadillas y otras correrías,  
algazaras, torneos, lides, justas.

Los primeros tres versos se refieren a distintos momentos de una campaña militar y de una batalla campal, los últimos tres describen la devastación del territorio de Arezzo que siguió a los acontecimientos de Campaldino, las correrías de los saqueadores y las justas colocadas en señal de desprecio bajo los muros de la ciudad sitiada. Todo confirma que Dante fue miembro del ejército que ganó en Ceromondo y que, después de la victoria, entró triunfante en la ciudad enemiga.

En el canto anterior («Infierno», XXI, 94-96), el poeta recuerda como testigo ocular otro episodio bélico de aquel verano de aventuras. Rodeado por los demonios que han accedido a dejarlos pasar (a Virgilio y a él), para expresar el miedo que lo invade recurre a este símil:

ese mismo temor vi en los soldados  
que salieron rendidos de Caprona,  
rodeados de muchos enemigos.

El episodio ocurrió dos meses después de la batalla de Campaldino. Florencia envió a «cuatrocientos caballeros y dos mil soldados de infantería» para apoyar a los ciudadanos de Lucca que invadían el territorio de Pisa. La rendición del castillo de Caprona se produjo el 16 de agosto de 1289, cuando los soldados capitularon a cambio de que se les garantizase la supervivencia. Dante, que los vio salir del castillo, era sin duda uno de los cuatrocientos titulares de

*cavallate* que participaron en la expedición, pues había sido convocado dos veces seguidas, confirmación ulterior de que estaba bien armado, equipado y con ganas de luchar.<sup>13</sup>

Sentir pavor entre los diablos Malasgarras era humano, y también Dante, como hemos visto, admite haber tenido miedo en Campaldino. Recuerda como algo normal a los caballeros que huían para ponerse a salvo. No hay que sorprenderse: los caballeros más expertos, *docti ad bellum*, enseñaban a los jóvenes demasiado temerarios que en la guerra también hay que saber escapar y que no es vergonzoso confesar el miedo, lo importante es controlarlo. En la *Chanson de Guillaume*, cuando el joven Viviano jura no retroceder nunca ante el enemigo, el tío Guillermo le advierte: sobrino, usted durará muy poco. Sólo los jóvenes no tienen miedo ante la primera batalla, porque todavía no saben nada (lo dirá, dos siglos después, Philippe de Comynes, evocando la batalla de Montlhéry: «Tuve menos miedo que en todos los demás enfrentamientos en los que participé, porque era joven y no tenía conciencia alguna del peligro»). De modo que, al declarar que sintió miedo, Dante está confirmando lo que acaba de afirmar (y es su prioridad): que cuando luchó en Campaldino ya no era un joven inexperto.<sup>14</sup>

Bruni añade que Dante corrió «un gravísimo peligro» y, aunque no lo mencione explícitamente, da a entender que al principio también él huyó, como todos los demás. Los capitanes habían decidido esperar el asalto enemigo, por tanto la línea de los *feditori*, expuesta para contener el choque, fue embestida de pleno por la carga contraria, sin posibilidad de contrataque. Recibir al enemigo que carga al galope no es cosa fácil, y además los aretinos apostaron casi todo al primer asalto enviando a trescientos *feditori*. «La fila de los florentinos reculó», anota Compagni escuetamente. Villani es más preciso: «El choque fue tan fuerte que la mayoría de

los *feditori* florentinos cayeron de sus caballos». Era raro que, en el impacto, algún caballero muriera o fuera herido al primer asalto. Pero quien recibía la lanza del enemigo, que lo embestía al galope, podía caerse de la silla: es lo que experimentó la mayoría de aquellos caballeros, obligados a recibir el impacto sin moverse. ¿Le pasó también a Dante? Es estadísticamente probable y así podría entenderse el «gravísimo peligro» mencionado por Bruni y el miedo confesado por el propio Dante.

Villani asegura que, una vez eliminados los *feditori*, también el grueso de la caballería florentina fue empujado hacia atrás: «Las filas gruesas recularon hacia el campo, pero no se rompieron y siguieron aguantando, firmes y fuertes, al enemigo». Bruni, que había leído la epístola de Dante, es menos benévolo y repite varias veces que la caballería florentina fue empujada y dispersada: «Disgregados y rotos, tuvieron que huir hacia las filas de infantería». Finalmente la carga gibelina se detuvo, el muro de los empavesados absorbió parte del impacto en los flancos, la caballería güelfa alcanzó los carros de víveres, recuperó aliento y la batalla se convirtió en una mezcla confusa. Lentamente los florentinos tomaron la delantera. No podía acabar de otra manera: el enemigo se había alejado de sus soldados de infantería y de sus ballesteros, mientras que todos los tiradores florentinos estaban listos para la acción. Corso Donati, al mando de los doscientos caballeros que los jefes habían retenido como reserva, cargó sin esperar la orden y embistió el flanco enemigo. Sobre todo, como subraya Villani, los caballeros güelfos doblaban en número a los del enemigo.

La batalla fue furibunda. Dino Compagni la plasmó en una descripción memorable:

Llovían dardos: los aretinos eran pocos y sufrían heridas en el flanco, que estaba descubierto. El aire estaba cubierto de nubes,

se levantaba muchísimo polvo. Los soldados de infantería de los aretinos se ponían de cuclillas bajo los vientres de los caballos con los cuchillos en mano y los destripaban. Sus *feditori* corrían, y en las filas centrales murieron muchos de ambos bandos. Aquel día muchos que tenían fama de valientes actuaron como viles, y muchos de los que jamás se había hablado obtuvieron reconocimiento.

Ocurrió lo inevitable: «Los aretinos fueron derrotados, no por vileza o por poca valentía, sino por la superioridad de los enemigos. Se vieron obligados a huir: los mercenarios florentinos, que estaban acostumbrados a las derrotas, los mataban. Los villanos no tenían piedad». Léase: para la mayoría de los soldados, que no eran profesionales, haber obligado al enemigo a huir habría bastado. Pero *i soldati*, es decir, los mercenarios, que sabían cómo actuar cuando los enemigos huyen, los perseguían y los mataban. También lo hacían los campesinos de la zona cuando topaban con un fugitivo: el subtexto, demasiado evidente, es que los villanos salían ganando porque despojaban a sus víctimas.

Las nubes que cubrían el cielo durante aquella tarde no eran sólo de polvo. Dante también las recordaba. En el canto v del «Purgatorio», uno de los capitanes que perdieron la vida en Campaldino, Buonconte da Montefeltro, le cuenta cómo murió. Dante escucha con atención, porque el cadáver de Buonconte nunca fue encontrado y el poeta siente curiosidad por saber qué ocurrió. El alma recuerda que vagabundeó entre las montañas, con una herida en la garganta, hasta que no pudo más; y menciona la humedad provocada por la calura estival que, al atardecer, se expandió inundando de niebla toda la zona, desde el Pratomagno hasta las cordilleras de los Apeninos. El temporal se desató, los torrentes se llenaron en un instante y arrastraron el cadáver ya frío de Buonconte hasta el río Arno. Y allí se perdió entre las aguas.

¿Por qué hemos empezado por ese día memorable? Para contar quién era Dante hay que plantear, ante todo, el problema fundamental de su posición social. Ahora bien, si aquel ejército que se desplegaba en la llanura de Campaldino hubiera sido un ejército extranjero, por ejemplo francés o alemán, observar a aquel joven que se armaba (ayudado por uno o dos sirvientes), se ponía la cota de malla, blandía la espada y montaba el caballo, listo para ponerse el yelmo y colocarse en el brazo izquierdo el escudo con los colores de su familia, hubiera sido más que suficiente para identificar su condición. Fuera de Italia, los que combatían a caballo eran todos nobles, miembros de familias que transmitían de padre a hijo la tierra, los campesinos, el poder de mando y la ideología caballeresca de la valentía, la camaradería y la lealtad. A lo sumo podía dudarse de si el joven era miembro del círculo aún más restringido de los príncipes y dueños de castillos (que en Francia se llamaban *li riche home*, los ricos, todos emparentados) o un caballero a su servicio. La duda se habría solucionado rápidamente, porque los ricos de verdad tenían caballos más costosos (cuyos precios eran comparables a los de un coche de lujo en la actualidad) y llevaban una bandera colgada en la lanza, como referencia, en la batalla, para sus súbditos. Todos habían sido investidos caballeros, con un ritual que la ley reservaba, o se esforzaba en reservar, a los nobles. Pues eran todos señores, *domini*, o al menos «pequeños señores», *domicelli*, como se los había empezado a llamar desde que los gastos imposibles de la ceremonia de investidura impedían a muchos padres de familia armar y equipar a todos sus hijos para convertirlos así en caballeros.

No obstante, en Italia la situación era más complicada. También en los *comuni* italianos la población se dividía entre los que combatían a caballo, los *milites*, y todos los demás, que luchaban a pie, los *pedites*. Y también en Italia la

condición de caballero garantizaba admiración, respeto y privilegios, entre los cuales destacaba el derecho a ser llamado *dominus, messere* ('micer') en vulgar, término que en la literatura de ficción italiana se usa como si fuera un apelativo universal aunque estuviera reservado a los caballeros, doctores en leyes y dignatarios eclesiásticos. En Florencia, donde conocían a Dante, nadie se habría dirigido a él llamándole «micer Dante», como hace, en un cuento de Sacchetti, un personaje genovés, sorprendido por su fama de poeta.<sup>15</sup> Pero en Italia no existía un rey que impusiera por ley que la caballería estuviera reservada a los miembros de determinadas familias creando así una clase noble jurídicamente cerrada. En Florencia todo el que pertenecía a una familia rica y estaba dispuesto a realizar una conspicua inversión económica podía obtener la investidura y convertirse en caballero de pleno derecho: un «caballero de ajuar», como se decía. Por otro lado, como quien no quería gastar dinero de este modo podía verse obligado por el *comune* a proporcionar un caballo para la guerra, llegado el caso prefería montarlo personalmente: éstos eran los «ciudadanos con *cavallate*», entre los cuales se encontraba Dante.<sup>16</sup> Estaban armados como los demás y colectivamente, en las crónicas, se definen como caballeros o *milites*, aunque todos sabían que los auténticos caballeros, en la guerra, aportaban más porque se identificaban con su rol y solían disponer de los mejores caballos.

En efecto, imaginar a Dante montando el caballo y calzándose el yelmo antes de coger la lanza y alinearse con los demás caballeros en la primera línea, en el momento angustioso en que cobraba conciencia de que el enemigo estaba avanzando y el impacto se produciría en unos minutos, nos confirma que pertenecía a la capa superior de la sociedad ciudadana, pero no que fuera noble. Sobre este interrogante, que a menudo confunde a los dantistas, también

es preciso ponerse de acuerdo. En Florencia no existía una clase noble en términos jurídicos como ocurrirá en el Antiguo Régimen. No había registros de familias nobles o autorizadas a usar un escudo, ni procedimientos para demostrar que una familia era noble, ni actas oficiales de ennoblecimiento, todos ellos elementos que en los siglos siguientes volverían menos compleja la delimitación de los estamentos. Pero incluso entonces, los ricos querían que se supiera que no eran *parvenu* ('advenedizos'), sino que procedían de antepasados ilustres, de una *gens* ('estirpe') y por tanto eran *gentile*, palabra que en vulgar era mucho más usada que *nobile* ('noble'). No se trataba de los herederos de una clase noble «feudal», procedente de siglos anteriores, sino de familias ciudadanas que tendían a ostentar privilegios nobiliarios a medida que, con cada generación, podían hacer alarde de una mayor antigüedad. El «*omo altèr*» ('el hombre altivo') que en una famosa canción de Guinizelli se vanagloria por ser de sangre noble («*Gentil per sclatta tor-no*», 'soy noble por estirpe') no procedía de otros tiempos, sino que era un producto del poderoso crecimiento económico de los *comuni* italianos.<sup>17</sup> Pero no todos los que eran caballeros de ajuar y se hacían llamar *micer* eran nobles en este sentido, descendientes de familias que quizá habían proporcionado cónsules a la comunidad ya en los tiempos de Barbarroja: entre ellos, también había gente que se había enriquecido recientemente, como el *micer* Vieri de' Cerchi que ya hemos mencionado, el banquero más rico de Florencia, aunque todos recordaban que sus padres procedían del campo. Razón de más para que hubiera muchísima gente nueva entre los ciudadanos sujetos a la obligación de *ca-vallate*. ¿Qué nos revela sobre la condición social de Dante que lo eligieran como uno de los ciento cincuenta «*feditori* entre los mejores del ejército»? Que tenía buenas armas y un buen caballo, pues era bastante rico, además de

joven, fuerte y entrenado militarmente. Pero seguimos sin saber si su familia era *gentile*, y en consecuencia rica y poderosa desde hacía generaciones, o si se había enriquecido hacía poco.

En este sentido, hay un detalle que no debemos olvidar. Entre los preparativos de la batalla se celebró también la investidura, por parte de los capitanes, de un cierto número de jóvenes que se armaron caballeros en Campaldino. Era un recurso honrado para posponer los gastos tradicionalmente relacionados con la investidura y, sobre todo, para otorgar mayor agresividad al ejército ciudadano. Se asumía que estos «caballeros noveles» harían todo lo posible para no quedar mal. Lo sabía bien Dante cuando observa que quien es armado caballero no soporta que el día del enfrentamiento pase sin pena ni gloria.<sup>18</sup> Compagni establece un nexo automático entre este procedimiento y la tenacidad de la lucha: «La batalla fue muy áspera y dura: en un bando y en el otro se había investido a caballeros noveles». Villani sabe que, de los ciento cincuenta *feditori* florentinos, se invistió a veinte «caballeros noveles». Podemos dar por descontado que pertenecían a las familias más importantes, las que ya contaban con caballeros en sus filas, y que a la vuelta no tendrían dificultades para sustentar económicamente el nuevo rango. Sin embargo, Dante no se encontraba entre los elegidos. Si hubiera sido investido caballero aquella mañana, su destino habría cambiado, y tal vez no dispondríamos de la *Comedia*.